Dice Jesús:

«Es natural que el demonio trate de turbarte. Ya no puede ha­cerlo sobre la carne, y por eso trata de turbar tu espíritu.

Él cumple con su trabajo. Esto es, intenta desanimar a las almas, asustarlas, hacerlas titubear. Generalmente trata de hacer­las pecar para separarlas de Mí. Cuando no lo logra, porque el alma está bien vigilante y la asechanza no entra, entonces intenta asus­tarla y meterle pensamientos aparentemente buenos, pero que en realidad son nocivos.

Ves, María. Entre el pensamiento: "Yo seré santa" y el pensa­miento: "Es imposible que yo llegue a ser santa", el más peligroso y el más contrario a Mí es el segundo. El primero no es acto de sober­bia, si está corroborado por todos los esfuerzos de la voluntad para alcanzar la santidad.

Yo he dicho: "Sed perfectos como mi Padre". Diciendo así, no os he hecho una simple exhortación, sino que os he dado un dulce mandato, dándoos la medida de la perfección: la de Dios, el Perfectí­simo. Porque Yo os hubiera querido a todos perfectos para teneros a todos a mi alrededor para siempre.

El alma debe por ello aspirar a la santidad, decir a sí misma: "Quiero llegar a ser santa" sin titubeos, sin flaquezas. ¿Reconocéis que sois débiles? Pero Yo sé, mejor que vosotros, que sois débiles, y sin embargo os he dicho: "Sed perfectos", porque sé que si lo queréis, con mi ayuda, podéis ser perfectos, es decir santos.

Esto el Maligno no lo quiere. Sabe bien -porque es inteligentísi­mo- que cuando un alma ha dado el primer paso en el camino de la santidad, ha saboreado el primer bocado de la santidad, cuyo sabor es inefable, se hace añorante de santidad y para él está perdida. Entonces crea pensamientos de falsa modestia y de desconfianza.

"No es posible que yo merezca el Paraíso. Por cuanto Dios sea bueno, ¿es posible que me pueda perdonar, ayudar? ¿Es posible que yo, incluso con su ayuda, lo pueda contentar? No sirvo para nada".

O también silba sus insinuaciones. "¿Pero te crees que tú puedas llegar a ser santa? Lo que experimentas, sientes, ves, son ilusiones de una mente enferma. Es tu soberbia quien te lo hace pensar. ¿Tú santa? ¿Pero no recuerdas esto... esto... esto? ¿Y no recuerdas lo que ha dicho Cristo? Tú pensando así cometes un nuevo pecado, el mío. Piensas ser semejante a Dios...".

Déjalo silbar. No merece respuesta. Lo que experimentas es de Dios, lo que piensas es mi deseo que se repercute en ti. Por eso es algo santo. Te he dicho cuál es mi signo. Es la paz. Cuando en ti sientes paz es señal de. que lo que experimentas, sientas, ves, pien­sas es cosa de Dios. Continúa sin titubear. Yo estoy contigo.

Cuando nuestro Enemigo trata de fastidiarte demasiado, di: "Dios te salve María, Madre de Jesús, me confío a ti". El demonio tiene todavía más aversión del nombre de María que de mi Nombre y de mi Cruz. No lo logra, pero trata de dañarme en mis fieles de mil maneras. Pero solamente el eco del nombre de María le hace huir. Si el mundo supiera llamar a María, estaría salvado.

Por tanto invocar nuestros dos Nombres juntos es algo poderoso para hacer caer rotas todas las armas que Satanás lanza contra un corazón que es mío. Por sí solas las almas son todas nada, debilidad. Pero el alma en gracia ya no está sola. Está con Dios.

Por eso cuando el otro te turba con reflexiones de falsa modestia o de temor, siempre debes pensar: "No soy yo quien piensa ser santa, sino que es Jesús quien quiere que yo lo sea. Somos nosotros: Jesús y yo. Dios y yo, quienes queremos que esto suceda para su gloria".

¿Acaso no he dicho Yo: "Cuando dos estén reunidos juntos para orar, el Padre les concederá lo que pidan"? ¿Pero qué será cuando Uno de los dos es el mismo Jesús? Entonces el Padre concederá la gracia solicitada con medida plena, rebosante, abundante. Porque el Hijo es poderoso en el Padre y todas las cosas están hechas en nom­bre del Hijo».

Dice Jesús:

«Bienaventurados los labios y los pueblos en los que se pronun­cia: "Dios te salve, María".

Salve: yo te saludo. El más pequeño al mayor, el niño al padre, el inferior al superior, están obligados, en la ley de educación humana, a decir a menudo un saludo respetuoso, debido, amoroso, según los casos. Mi hermano no debe negar este acto de amor reverencial a la Madre perfecta que tenemos en el Cielo.

Dios te salve, María. Es un saludo que limpia los labios y el cora­zón porque ¡no se pueden decir esas palabras, con atención y senti­miento, sin sentirse ser un poco mejores! Es como el acercarse a una fuente de luz angélica o a un oasis hecho de lirios en flor.

Salve, la palabra del ángel que se os concede para saludar a Aquella que saludan con amor las Tres Personas eternas, la invoca­ción que salva, tenedla siempre mucho en los labios. Pero no como un movimiento automático del que se excluya al alma, sino más bien como movimiento del espíritu que se inclina ante la realeza de María y se abre hacia su corazón de Madre.

Si supierais decir con verdadero espíritu estas palabras, incluso sólo estas dos palabras, seríais más buenos, más puros, más carita­tivos. Porque entonces los ojos de vuestro espíritu estarían fijos en María y su santidad os entraría en el corazón a través de esa con­templación. Si lo supierais decir nunca estaríais desolados. Porque Ella es la fuente de las gracias y de la misericordia. Las puertas de la misericordia divina se abren ya no sólo con el impulso de la mano de mi Madre, sino hasta con su simple mirada.

Vuelvo a decirlo: bienaventurados los labios y los pueblos en los que se pronuncia: Dios te salve, María. Pero donde se pronuncia como se debe. Porque si es cierto que de Dios nadie se burla, tam­bién lo es que a María no se le engaña.

Recordad siempre que Ella es la Hija del Padre, la Madre del Hijo, la Esposa del Espíritu Santo, y que su fusión con la Trinidad es perfecta. Por eso Ella posee las potencias, las inteligencias, las sabidurías de su Señor. Y las posee con plenitud absoluta.

Es inútil ir a María con el alma sucia de corrupción y de odio. Ella es vuestra Madre y sabe curar vuestras heridas, pero quiere que en vosotros esté al menos el deseo de sanar de ellas.

¿De qué sirve dirigirse a María, la Purísima, si dejando su altar, o acabando de pronunciar su nombre, vais a cometer pecado de carne o a proferir palabras de blasfemia? ¿De qué sirve dirigirse a María, la Piadosa, si inmediatamente después, más aún si al mismo tiempo, tenéis en el corazón rencores y en los labios maldiciones hacia los hermanos? ¿Qué salvación puede daros esta Salvadora, si vosotros destruís vuestra salvación con vuestra voluntad perversa?

Todo es posible para la Misericordia de Dios y para la potencia de María, pero ¿para qué arriesgar la vida eterna esperando obte­ner la buena voluntad del arrepentimiento en la hora de la muerte? ¿No sería mejor, dado que no sabéis cuando será vuestra llamada a mis puertas, ser verdaderos amigos de María durante toda la vida y tener así la garantía de la salvación?

Porque, lo repito, la amistad con María es causa de perfección porque infunde y comunica las virtudes de la Amiga elegida, que Dios no ha desdeñado y os ha concedido como corona de la obra de redención de su Hijo. Yo, Cristo, os he salvado con el Dolor y la San­gre; Ella, María, con el Dolor y con su llanto, y quisiera salvaros con su Amor y su sonrisa».

4 de septiembre

Dice Jesús:

«Dios no ha mandado a su ángel para decir "salve" sólo a María. Dios os saluda, ¡oh hijos queridísimos!, con sus atenciones, Dios os manda como ángeles sus santas inspiraciones, Dios os trae sus ben­diciones de la mañana a la noche y de la noche a la mañana. Siem­pre estáis rodeados de las ondas amorosas y providentes del pensa­miento de Dios.

¿Cómo es posible, entonces, que no advirtáis nada o tan poco? ¿Cómo es que no vivís en justicia y santidad? Porque estáis imper­meabilizados al influjo de la gracia, porque os habéis vuelto re­fractarios a la acción del amor por vuestra voluntad contraria al Bien.

Gabriel dijo a María: "Salve", y el sonido de la voz angélica llevó, sobre la ya inundada de gracia, una nueva onda de gracia. La luz vivísima de su espíritu inmaculado tocó la cima de la luminosidad porque la correspondencia del espíritu de María fue perfecta.

Humildad, diligencia, pudor, oración..., ¿qué podría encontrar, que no fuera excelso, la palabra angélica para convertirse en la pri­mera chispa del incendio de la Encarnación? Grande fue el don de la preservación de la culpa original, que el Eterno había hecho a la elegida para ser el primer sagrario del Cuerpo del Hijo. ¡Pero cuán­ta, cuanta, cuánta correspondencia en María!

Si hubieran sido donados a otra criatura, no digo ya los dones se­cretos que sólo Dios sabía que había dado, sino los dones evidentes, de los que uno se da cuenta -tal como inteligencia suma, instruc­ciones sobrenaturales, ardientes contemplaciones, y hablo sólo de los dones morales y espirituales- ¿como no se habría gloriado de tanto don, al menos en algunos momentos, aquella criatura?

Pues no, en María no hubo nada de esto. Cuanto más la alzaba Dios hacia su trono más aumentaban en Ella gratitud, amor y hu­mildad. Cuanto más le daba Dios a entender que se había extendido sobre Ella la mano divina para protección contra la acechanza del mal, más aumentaba en Ella la vigilancia contra el mal.

María no ha cometido la equivocación que hace caer a tantas almas dotadas de la capacidad de perfección, o sea, nunca ha dicho: "Siento que Dios vela por mí, siento que Dios me ha elegido. A Él le dejo el quehacer de defenderme del Enemigo". No. María, aún reco­nociendo la obra de Dios en Ella, actuó como si fuese la más desamparada, en dones espirituales, de las criaturas. Desde el alba hasta el atardecer, e incluso en su sueño virginal velado por los ángeles, su alma permanecía vigilante.

No creáis que la tentación haya escatimado a María. El Tentador no me ha escatimado a Mí; con doble razón no lo hizo con Ella. Doble razón. La primera de ellas: María era sin mancha pero conti­nuaba siendo criatura, Yo era Dios. La segunda: era más importan­te para Lucifer corromper el seno de la mujer que habría traído a Cristo, que no el atacar al mismo Cristo.

Él, el Astuto, sabía que el Verbo se habría hecho carne, por una fusión de espíritu con Espíritu, en un seno que no hubiera alberga­do ningún pecado. Ningún pecado, repito. Si, desde Eva en adelan­te, hubiera logrado inducir en tentación a todas las mujeres, estaba seguro de que nunca habría sido vencido por el Vencedor eterno.

Sólo una le ha resistido siempre: María. Y sólo Uno sabe qué bordado, qué filigrana de seducción desplegó Lucifer alrededor de María para agitar y empañar su súper angélica alma. Ese Uno que lo sabe es Dios. Y dado que algunos secretos son demasiado grandes para vosotros, no os lo dirá. Por el esplendor de María en el Cielo entenderéis la grandeza de su alma. Grandeza conseguida por su voluntad, y que habría sido grandísima incluso sin los supremos au­xilios, tanto quiso ser santa por amor a su Dios.

Bien con razón pudo por tanto decir el Ángel: "Llena de gracia". Sí, llena de gracia. La Gracia estaba en Ella. La Gracia o sea Dios, y la gracia o sea el don de Dios, que Ella sabía hacer fructificar al mil por ciento.

Esto es lo que se requiere, hijos, para lograr que las cosas celes­tiales hagan concebir en vosotros a Cristo: vuestra adhesión a la gracia, vuestro recoger la gracia, vuestro multiplicar la gracia, vuestro aspirar a la gracia. El cuerpo debe aspirar aire y alimento para vivir. El alma debe aspirar la gracia para vivir. Sucede enton­ces que la Luz desciende donde puede encarnarse y Cristo nace mís­ticamente en vosotros como nació realmente en María.

Dios te salve, María, llena eres de gracia. Miradle todos vosotros, cristianos, tan distintos del primer Hijo de María, miradle sobre todo vosotras, mujeres, tan distintas de Ella, y aprended, y pensad que el camino hacia las mil caras del mallo habéis abierto vosotras con vuestra carnalidad contraria a la vida de la gracia en las criatu­ras, sin la que el hombre se hace un demonio y el mundo un infier­no».

5 de septiembre

Dice Jesús:

«"El Señor es contigo".

El Señor está siempre con quien tiene el alma en gracia. Dios no se aleja ni siquiera cuando se acerca el Tentador. Dios se aleja sólo cuando la criatura cede al Tentador y corrompe su alma. Entonces Dios se retira 'porque Él no puede cohabitar con el Enemigo. Se reti­ra y como un Padre, no airado sino dolorido, espera a que llegue el arrepentimiento al corazón de la criatura y ésta reanude el lazo de amor con el Padre.

Dios quisiera estar siempre con vosotros. Si todos vuestros ánge­les, numerosos como las estrellas en el cielo, pudieran saludaros con las palabras: "El Señor es contigo", la alegría de vuestro Señor sería completa porque Nosotros deseamos estar con vosotros y para esto os hemos creado.

María estaba con Dios y Dios estaba con María. Las dos perfec­ciones se atraían y se unían con un incesante movimiento de afec­tos. La Perfección infinita de Dios descendía, con un gozo inconcebi­ble para vosotros mortales, a poseer esta criatura. La perfección hu­mana de María -la única de los hijos del hombre que siempre haya sido perfecta- se lanzaba al encuentro de la Perfección divina para poder vivir.

Sí, el estar con Dios era la vida de María y en la hora del terrible dolor del Calvario y del Sepulcro, cuando los Cielos se cerraron sobre el Moribundo y sobre la Traspasada, la privación de Dios fue, de las siete espadas, la más inflamada y penetrante, toque insupe­rable para el edificio de dolor requerido por la Redención.

Yo he tocado el ápice del dolor completo desde el Getsemaní hasta la hora nona; María ha tocado el ápice del dolor, también completo en Ella aunque no haya sido crucificada materialmente, desde el Calvario hasta el momento de la Resurrección. Y el motivo de tal inmenso dolor es sólo uno: ser privados de la unión con Dios.

También para vosotros debería de ser así. Pero al hombre ahora le parece gravosa la unión con Nosotros y no siente cuán mísero es cuando está privado de Nosotros. Miseria, ceguera, locura, muerte, ésta es la pérdida de la unión con vuestro Señor. ¡Y nunca os ocu­páis de ello!

Si perdéis algunas monedas, un objeto, la salud, un empleo, un animal, os ponéis en movimiento para encontrarlos y utilizáis todos los medios humanos y sobrenaturales para lograr este fin. Sí, para encontrar algo limitado y caduco sabéis orar. Pero cuando perdéis a Dios no lo buscáis. No os dirigís a mis Santos para que os ayuden a encontrar el camino de Dios, no utilizáis los cuidados humanos para frenar vuestros impulsos. Os parece poca cosa perder la unión con Dios. Y es lo esencial.

María no se separó nunca de Dios. Los espíritus permanecieron fundidos en un abrazo de amor que tuvo su coronación en el Cielo. Esta unión fue la fuerza principal de María, como hija de Adán, por­que en ella encontraba la coraza para volverse intocable ante el aguijón del Tentador.

Quien está con Dios no es que no vea el mal que, como asqueroso indumento o repugnante enfermedad, recubre a tantas criaturas. Lo ve, más aún, con mayor claridad que muchos otros, pero su vi­sión no corrompe nada. El mal no entra por los ojos para excitar los instintos encubiertos en la carne o los malvados movimientos de la mente. Esto sucede sólo en quienes, separados de Dios, tienen en sí como huésped al Enemigo.

El que está unido con Dios está lleno de Dios, y cualquier otra cosa que no sea Dios permanece en la superficie, viento que encres­pa levemente la superficie del ánimo y no entra para trastornar el interior. Y no sólo esto. El que está unido con Dios, verdaderamente unido con Dios, en vez de absorber el exterior en sí, difunde el inte­rior sobre los prójimos: difunde, pues, el Bien, a Dios.

Sí, es justamente así: quien está con Dios tiene un poder irra­diante, mucho más potente que el de muchos cuerpos del universo, sobre los cuales el hombre ha cansado su mente y alzado un monu­mento de orgullo. Y sobre todo tiene un poder sobrenaturalmente útil, porque quien lleva en sí mismo al Santo de los santos, y vive de Él, lo comunica a los demás. Es lo que hace decir: "Éste es un santo".

María ha poseído la unión con Dios a la perfección J ha tendido con todas sus fuerzas a fundirse cada vez más con El. Se podría decir que María se anuló en Dios, de tanto como vivió sólo de El.

He dicho: "María encontró aquí la fuerza principal para volverse intocable". No entendáis las cosas al revés. María, la Humildísima, no osaba pensar, ni por lo más remoto, que era la criatura perfecta. Ella ignoraba su destino y su condición inmaculada. Conoció el mis­terio por las palabras de Gabriel y en el abrazo nupcial con el Espí­ritu Eterno. Pero durante su juventud, edad llena de acechanzas, repito: encontró la fuerza en la unión con Dios. La quiso encontrar a toda costa porque habría preferido cien veces morir antes que salir un instante del halo de Dios.

Yo quisiera que, más que cumplir tantos preceptos, más o menos piadosos, especialmente mis dilectos, y también los otros, tendieran a este precepto soberano de la unión conmigo. Sencilla, y realmente oración, esta oración, inflamado el corazón, casto el cuerpo, honesto el pensamiento, todo en vosotros se haría santo y bueno, y la tierra conocería los días nuevos en los que los ángeles podrían saludar a los hombres con las palabras: "El Señor es con vosotros"».

6 de septiembre

Dice Jesús:

«"Bendita tú eres entre todas las mujeres".

Esta bendición que vosotros pronunciáis de cualquier manera o que ni siquiera decís a Aquella que con su sacrificio ha iniciado la Redención, resuena continuamente en el Cielo, pronunciada con amor infinito por nuestra Trinidad, con inflamada caridad por los salvados por nuestro sacrificio y por los coros angélicos. Todo el Pa­raíso bendice a María, obra maestra de la Creación universal y de la Misericordia divina.

Aunque toda la obra del Padre para crear la Tierra de la nada sólo hubiera servido para acoger a María, la obra creadora hubiera tenido su razón de ser, porque la perfección de esta Criatura es tal que es testimonio no sólo de la sabiduría y del poder, sino también del amor con el que Dios ha creado el mundo.

Habiendo dado en cambio, la creación terrestre, a Adán y a la raza de Adán, María testimonia el gran amor misericordioso de Dios hacia el hombre, porque a través de María, Madre del Reden­tor, Dios ha obrado la salvación del género humano. Yo soy el Cristo porque María me ha concebido y me ha dado al Mundo.

Vosotros me diréis que como Dios podía superar la necesidad de hacerme carne en el seno de una mujer. Es cierto, todo lo podía. Pero pensad qué ley de orden y de bondad hay en mi anonadamien­to en aspecto mortal.

La culpa cometida por el hombre debía de ser descontada por el hombre y no por la divinidad no encarnada. ¿Cómo habría podido la Divinidad, Espíritu incorpóreo, redimir con el sacrificio de Sí misma las culpas de la carne? Era necesario, por tanto, que Yo, Dios, paga­se con el tormento de una Carne y de una Sangre inocentes, nacidas de una inocente, las culpas de la carne y de la sangre.

Mi mente, mi sentimiento, mi espíritu habrían sufrido por vues­tras culpas de mente, de sentimiento y de espíritu. Pero para ser Redención de todas las concupiscencias inoculadas por el Tentador en Adán y en sus descendientes, debía, el Inmolado por todas, estar dotado de una naturaleza similar a la vuestra, hecha digna, por la Divinidad escondida en ella, de ser dada en rescate a Dios, como una gema de infinito valor sobrenatural escondida bajo una apa­riencia común y natural.

Dios es orden y Dios no viola y no violenta el orden, salvo en casos excepcionales, juzgados útiles por su Inteligencia. No era éste el caso de mi Redención.

No debía cancelar tan sólo la culpa desde el momento en que se cometió hasta el del sacrificio y anular en los futuros los efectos de la culpa haciéndoles nacer, como Adán antes de cometerla, ignorantes del mal. No. Yo debía reparar la Culpa y las culpas de toda la humanidad con un sacrificio total, dar a la humanidad ya extingui­da la absolución de la culpa, a la entonces viviente y a la futura el medio para ser ayudada a resistir el mal y para ser perdonada por el mal que su debilidad le habría inducido a cometer.

Por eso mi sacrificio debía de ser tal que presentara todos los re­quisitos necesarios, y así podía ser tan sólo en un Dios hecho hom­bre: hostia digna de Dios, medio comprendido por el hombre. Ade­más Yo venía a traer la Ley.

Si no se hubiera dado mi Humanidad, ¿como habríais podido creer, vosotros, pobres hermanos míos, si tanto os cuesta creer en Mí que he vivido durante 33 años en la tierra, Hombre entre los hombres? ¿Y cómo podía aparecer ya adulto ante pueblos hostiles o ignorantes persuadiéndoles de mi naturaleza y de mi doctrina? En­tonces habría aparecido ante los ojos del mundo como un espíritu que hubiera tomado aspecto de hombre, pero no como un hombre que nació y murió versando sangre verdadera por las heridas de una verdadera carne -y esto como prueba de ser hombre- y resu­citó y subió al Cielo con su cuerpo glorificado y esto como prueba de ser Dios que vuelve a su morada eterna.

¿No es más dulce para vosotros el pensar que soy realmente vuestro hermano, con el destino de las criaturas que nacen, viven, sufren y mueren, que no el pensarme como espíritu superior a la exigencias de la humanidad?

Por tanto era necesario que una mujer me generase según la carne, después de haberme concebido por encima de la carne, por­que de ninguna unión de criaturas, por santas que fueran, podía ser generado el Dios Hombre, sino sólo de un desposorio entre la Pure­za y el Amor, entre el Espíritu y la Virgen, creada sin mancha para ser matriz de la carne de un Dios, la Virgen cuyo pensamiento era el gozo de Dios antes de que existiese el tiempo, la Virgen en la que se compendia la Perfección creadora del Padre, alegría del Cielo, salvación de la Tierra, flor de la Creación más hermosa que todas las flores del Universo, astro vivo ante el cual los soles creados por mi Padre parecen apagados.

Bendita la Pura, destinada al Señor.

Bendita la Deseada por la Trinidad que anticipaba con el deseo el instante de fundirse a Ella con abrazo de trino amor.

Bendita la Vencedora que aplasta al Tentador bajo el candor de su naturaleza inmaculada.

Bendita la Virgen que no conoce más que el beso del Señor.

Bendita la Madre que se hizo tal por santa obediencia a la volun­tad del Altísimo.

Bendita la Mártir que acepta el martirio por piedad de todos vo­sotros.

Bendita la Redentora de la mujer y de los hijos de la mujer, que anula a Eva y se injerta en su lugar para traer el fruto de la vida allí donde el Enemigo ha puesto semilla de muerte.

Bendita, bendita, tres veces bendita por tu "sí", joh Madre mía! que has permitido a Dios mantener la promesa hecha a Abrahán, a los patriarcas ya los profetas, que has dado alivio al Amor, oprimi­do por el tener que ser castigador y no salvador, que has aliviado a la Tierra de la condena que le había traído Eva.

Bendita, bendita, bendita por tu santa humildad, por tu inflamada caridad, por tu virginidad intacta, por tu maternidad divina, múltiple, perpetua, verdadera y espiritual, Madre, que con tu amor y con tu dolor, continuamente generas hijos para el reino de tu Jesús.

Generadora de gracia y de salvación, generadora de la divina Mi­sericordia, generadora de la Iglesia universal, que tú seas bendeci­da eternamente por cuanto has cumplido, como bendita para siem­pre eras por cuanto habrías cumplido.

Sacerdotisa santa, santa, santa, que has celebrado el primer sa­crificio y preparado con parte de ti misma la Hostia para inmolar sobre el altar del mundo.

Santa, santa, santa Madre mía, que nunca me has hecho añorar el Cielo y el seno del Padre, porque en ti he encontrado otro paraíso que no es distinto de aquel en el que la Trinidad realiza sus obras divinas; María que has sido el consuelo de tu Hijo en la tierra y el gozo del Hijo en el Cielo, que eres la gloria del Padre y el Amor del Espíritu» .

7 de septiembre

Dice Jesús:

«"Bendito el fruto de tu vientre".

La maternidad divina y virginal hace a María inferior sólo a Dios.

Pero no os detengáis a mirar solamente la gloria de María. Pen­sad cuanto le costó conseguir esa gloria. Es necio quien mira a Cris­to a la luz de la resurrección y no medita sobre el Redentor mori­bundo en las tinieblas de Viernes santo. No habría tenido resurrec­ción si no hubiera padecido la muerte, y no habría cumplido la Re­dención si no hubiera tenido el martirio. Necio quien piensa en la gloria de María y no medita en cómo llegó Ella a la gloria. El fruto de su seno, Yo, Cristo Verbo de Dios, ha desgarrado su seno.

Y no entendáis mal mis palabras [[1]](#footnote-1). No lo he desgarrado humana­mente. Ella era superior a las miserias humanas, sobre Ella no re­caía la condena de Eva, pero no era superior al Dolor. Y el Dolor grande, mayúsculo, soberano, ilimitado, ha penetrado en Ella con la violencia de un meteoro que cae del Cielo en el momento mismo en que conoció el éxtasis del abrazo con el Espíritu creador.

Beatitud y dolor han estrechado en un único lazo el corazón de María en el instante de su altísimo "fiat" y de su castísimo desposo­rio. Beatitud y dolor se fundieron en una cosa sola como Ella se había convertido en una cosa sola con Dios. Llamada a una misión de redentora, el dolor superó desde el primer momento a la beati­tud. Ésta le vino en su Asunción.

Unida al Espíritu de sabiduría, a su espíritu se le reveló el futu­ro que le estaba reservado a su criatura, y ya no hubo más alegría, en el sentido habitual de la palabra, para María.

A cada hora que pasaba, mientras que me formaba tomando vida de su sangre de madre virgen, y escondido en lo profundo mantenía inenarrables intercambios de amor con mi Madre, un amor y un dolor sin parangón se alzaban, como olas del mar en tempestad, en el corazón de María y la flagelaban con su potencia.

El corazón de mi Madre conoció .la incisión de las espadas del dolor desde el momento en el que la Luz, dejando el centro del Fuego Uno y Trino, penetró en Ella iniciando la Encarnación de Dios y la Redención del hombre; y ese tajo siguió creciendo durante la santa gestación: Sangre divina que se formaba con una fuente de sangre humana, Corazón del Hijo que latía al ritmo del corazón de la Madre, Carne eterna que se formaba con la carne inmaculada de la Virgen.

Mayor fue el dolor en el momento en que nací para ser Luz de un mundo en tinieblas. La beatitud de la madre que besa a su criatura se cambió, en María, en la certeza de la Mártir que sabe que su martirio está cercano.

Bendito el fruto de tu vientre.

Sí. Pero Yo he tenido que dar todo el dolor a ese seno que mere­cía toda la alegría destinada a un Adán sin culpa. Y por vosotros. Por vosotros la pena de consternar a José. Por vosotros el sobrepar­to entre tanta desolación. Por vosotros la profecía de Simeón que retorció el filo de la espada en la herida, remachando y agudizando el corte. Por vosotros la fuga a tierra extranjera, por vosotros las ansias de toda la vida, por vosotros las preocupaciones de saberme evangelizando y perseguido por las castas enemigas, por vosotros el horror de la captura, el tormento de la múltiple tortura, la agonía de mi agonía, la muerte de mi muerte.

He sido recogido en el seno que me había llevado con tal piedad que no podía ser mayor; pero, en verdad, os digo que entre mi corazón parado, sin movimiento vital, y desgarrado por la lanzada, y el de la Afligidísima que me tenía en su seno, no había diferencia de vida y de muerte. El corazón de María y su seno estaban muertos como estaba muerto Yo, el Inocente.

Añadid a los milagros relacionados con la Redención, notorios y desconocidos, evidentes para todos o revelados a los privilegiados, también éste: el que María continuase en vida por obra del Eterno después de que su corazón fue destrozado, por y para el género hu­mano, como el de su Hijo Jesús.

Vosotros, que no sabéis y no queréis soportar el dolor, ¿pensáis qué dolor habrá sido el de la Bendita, de la Inmaculada, de la Santa, llevar en sí un corazón desgarrado, muerto, abandonado, y ver recogido en su seno un cuerpo sin vida, destrozado, sangrante, lívido, que ha sido el cuerpo del Hijo, la Carne de su carne, la San­gre de su sangre, la Vida de su vida, el amor de su espíritu?

Vosotros me habéis recibido porque María ha aceptado, treinta y tres años antes que Yo, beber el cáliz de la amargura. En el borde de la copa en la que he bebido entre sudores de sangre, he encontra­do el sabor de los labios de mi Madre, y el amargor de su llanto es­taba fundido con la hiel de mi sacrificio. Y; creedlo, hacerla sufrir, a Ella que no merecía el dolor, ha sido para Mí lo más costoso. El abandono del Padre, el dolor de mi Madre, la traición del amigo en la que estaban todas las traiciones de los futuros, éstas son las cosas atrocísimas de mi dolor atroz de Redentor. La lanzada de Lon­ginos en un órgano vital que estaba ya insensible para el dolor, no tiene comparación.

Yo quisiera que por el dolor que ha destrozado a mi Madre por vo­sotros, vosotros le dierais amor. Amor grande, tiernísimo, de hijos hacia la más perfecta de todas las madres, la Madre que todavía no ha dejado de sufrir llorando lágrimas celestes sobre los hijos de su amor que rechazan la casa paterna y se hacen guardianes de bestias inmundas: los vicios, en vez de permanecer hijos de rey, hijos de Dios.

y si se puede dar una norma, sabed que Yo, Dios, no considero que sea disminuirme el amar con infinito y venerante amor a mi Madre, de quien veo la naturaleza inmaculada, obra del Padre, pero también recuerdo la vida martirizada de Corredentora, sin la cual Yo no habría sido Hombre entre los hombres y vuestro eterno Re­dentor».

8 de septiembre

Dice Jesús:

«Y esto para ti sola. Las otras cosas las he dicho para todos, para contentar al Padre. Pero el mundo está demasiado sordo y de­masiado corrupto para oír hablar de María. No merece este don.

A ti, por tu fiesta [[2]](#footnote-2), te doy la intuición secreta de la Belleza de María, su sonrisa, su silencio. Parecen cosas sin importancia. Tie­nen un valor infinito.

María ha atraído hacia sí a millones de criaturas con estas sua­ves armas suyas. Ha evangelizado antes que Yo con su reservado callar y su indescriptible sonrisa. Bastaba que apareciera para que se acallaran las palabras acres o impuras, acabaran los rencores, se calmasen los dolores.

Su mirada purificaba, su silencio ensalzaba, su sonrisa enseña­ba. Nazaret quedó embalsamada por mucho tiempo después de su partida. La Iglesia naciente se consolidó por virtud de su silencio y de su sonrisa más elocuentes que todas las palabras, porque en ellas se traslucía el rostro de Dios y la verdad de su misión.

Sólo te pido que mires e imites a mi Madre y la tuya. Crece en belleza espiritual para parecerte a Ella, aprende de Ella el silencio que habla a Dios y de Dios, y la sonrisa que enseña la fe, la genero­sidad, la caridad.

Mira siempre a mi dulce Madre para verla nítidamente en la hora de la muerte. Quien muere en María tiene inmediatamente a Jesús.

Contempla a María y recibe mi paz. No se necesita más para ser felices».

Desde ayer veo a la Virgen, y la belleza de la visión sonriente y silenciosa supera la capacidad de descripción humana.

Es el regalo de Jesús por mi fiesta.

1. Como podría comprobarse por el dictado del 23 de junio [↑](#footnote-ref-1)
2. El 8 de septiembre, natividad de María, era la fiesta onomástica de la escritora [↑](#footnote-ref-2)